EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA

por Carlos Sáiz Cidoncha

autor de «SECUESTRO AEREO», «PANICO EN EL OBSERVATORIO», «LA CALLE LARGA», «EL HECHIZERO», «LAGRIMAS VERDES DE LENG» y «LOS HORRORES DEL CASTILLO MAGSON»

Desde los tiempos más remotos, desde mucho antes de comenzar a escribirse la historia, el hombre temió a los hielos.

Los hielos, que una y otra vez, en el transcurso de las eras, se alzaron desde sus refugios boreal y austral para lanzarse a la conquista del mundo, arrasando con cuanta vida orgánica hallaron a su paso, sin exceptuar la del mismo hombre, el titulado rey de la creación. Fueron los períodos glaciares, las grandes catástrofes heladas.

Aún hoy se dice que nuestra técnica y nuestra ciencia, que han comenzado a dominar el espacio sideral, se verían impotentes ante una nueva arremetida de los hielos, que frente a la amenaza polar aún seríamos semejantes a los pobres hombres de las cavernas, perseguidos y casi exterminados por el desastre blanco.

¿Cómo comenzaron aquellas fabulosas mareas de hielo, y cómo podrían volver a comenzar? Los científicos sostienen varias teorías, en ocasiones contrapuestas, pero siempre coincidentes en señalar orígenes naturales del fenómeno. Manchas solares, irrupción de nuestro planeta en zonas nebulares de la Galaxia, agotamiento del anhídrido carbónico en la atmósfera...

Pero quizá puede buscarse en una nueva dirección. Quizá pueda rastrearse un origen artificial a los movimientos de los hielos. Pues no toda la vida es como nosotros la conocemos, y la catástrofe que borre del mundo una clase de ella, bien podría dar nacimiento a otra distinta... a otra cuyo germen exista ya en algún lugar de las tundras polares.

No diré que esa es mi teoría, puesto que incluso sabiendo lo que hoy sé, de ningún modo pude estar seguro, o quizá tema estarlo. Pero sí puedo decir que los hielos eternos conservan horrores de los que nuestra ciencia no puede tener idea, y que quizás un nuevo avance de los hielos pueda ser provocado por una voluntad fuera de nuestra comprensión, dando la Tierra en herencia a estirpes totalmente ajenas a la nuestra. Rezo por que así no sea.

Comenzó todo durante la Quinta Expedición Internacional de la Antártida, de la que yo formé parte por el Instituto Superior de Geología de Atlanta. Teníamos grandes esperanzas de hallar yacimientos de minerales útiles en las estribaciones orientales de las Montañas de la Reina Maud, e incluso bolsas de petróleo marino en las heladas costas antárticas, que podrían paliar o aún saciar el hambre de energía que sufre nuestro mundo tecnológico. Quien haya seguido nuestros avatares en la prensa sabrá ya que no encontramos nada de lo que buscábamos, y que sufrimos además algunas bajas debido a lo que se denominó *fenómenos naturales*. Esto último no fue exactamente así.

No sé como se me ocurrió entrar en amistad con el profesor Gerard Bernstein. Eramos, desde luego, compatriotas y también colegas, puesto que representaba a la Universidad del Medio Oeste, donde tenía las cátedras de geología y arqueología, pero desde el primer momento el profesor había destacado por su carácter aparentemente huraño, y los primeros días de navegación se mantuvo casi aislado.

Quizá me atrajo de él su aspecto de nobleza, incluso de bondad, que podía advertirse tras su superficial retraimiento. Me pregunté si el aislamiento que parecía buscar se debería más bien a timidez que a otra cosa, y procuré acercarme a él. Me recibió bien, tal como había imaginado, y pronto entablamos amistad. Nuestras conversaciones versaban en gran parte, naturalmente, sobre lo que esperábamos hallar en las montañas antárticas, dentro de nuestro campo, y los conocimientos en geología de mi interlocutor llegaron a asombrarme. Por mi medio el profesor Bernstein llegó a romper su inicial aislamiento, y aún a mezclarse en las tertulias que organizábamos los componentes anglófonos de la expedición. Sin embargo nunca fue demasiado locuaz en tales reuniones, limitándose en general a escuchar.

Estábamos ya relativamente cercanos a nuestro objetivo cuando mientras varios de nosotros contemplábamos desde cubierta un soberbio *iceberg* flotante, el sismólogo escocés MacCullock me informó de algo que yo no sabía sobre la personalidad de mi amigo.

–Conozco desde hace tiempo al rector de su universidad –dijo– y puedo decirte que allí están todos un poco asustados con él. Se trata de una verdadera eminencia en geología, desde luego, de otra forma no estaría aquí con nosotros. Pero tiene algunas ideas raras.

–¿Ideas raras? –inquirí.

–Parece ser que se dedica a una extraña forma de ocultismo, y que sostiene teorías especialmente chocantes sobre temas como el del origen del hombre y el desarrollo de la vida en el mundo. En cierta ocasión hubieron de llamarle previamente la atención en lo referente a su cátedra de arqueología, por estar difundiendo entre los estudiantes algunas de esas teorías excéntricas.

–¿Excéntricas en qué sentido? –pregunté de nuevo.

–Lo ignoro. El caso es que prometió enmendarse, y ciertamente cumplió su promesa. Pero privadamente no hay duda de que mantiene las mismas convicciones.

La conversación se desvió luego por otro derroteros, pero aquel me dejó intrigado. En mi vida profesional había tenido acceso a toda clase de teorías arqueológicas, algunas de ellas notablemente absurdas y, aunque ello se saliera algo de mi propio campo, había disfrutado estudiándolas, comparándolas y estimando lo que en ellas pudiera haber de verdad.

Juzgué que mi amistad con Bernstein justificaba entrar con él en materia sobre el particular, de modo que en mi siguiente conversación con él procuré irle llevando hacia el tema.

Como toda persona que tiene una afición o forma de pensar oculta, pero querida, no desaprovechó la ocasión de exponerla. Así pues, a una ligera insinuación de mi parte, entró de lleno y por propia voluntad en el campo que me interesaba.

–Te diré, Anthony –confesó con los ojos ligeramente más brillantes que de costumbre–. Podremos encontrar muchas cosas interesantes en el ámbito geológico, allá donde vamos. Pero mi personal interés, lo que verdaderamente me ha traído a esta expedición, entra más en el campo de la arqueología.

Me esperaba algo semejante, pero fingí un ligero asombro.

–¿Arqueología? ¿En la Antártida?
–Precisamente –respondió– ¿No oíste hablar del informe de la expedición Daley, en 1930?
Sí, había oído hablar del informe, y lo había estudiado personalmente, pero no me había convencido demasiado.
–Tengo entendido que hablaban de unas antiguas ruinas, en los picos montañosos al sur de la tierra de la Reina Mary. Pero quienes dijeron haberlas visto regresaron en un estado psicológico lamentable, casi enloquecidos por la serie de desastres que casi aniquilaron la expedición. Su testimonio no merece mucho crédito.
–Esas ruinas debían estar situadas muy cerca de los lugares que visitaremos –dijo Bernstein–. Lamentablemente los terremotos que siguieron a la erupción del Erebus en 1942 borraron toda muestra de lo que pudiera haber allí bajo toneladas de rocas y hielo. Pero de todas formas es muy probable que tales ruinas existieran en realidad. Los expedicionarios supervivientes hablan de una verdadera ciudad subterránea, y no tenemos noticia de ninguna gran civilización humana en las cercanías.
Bersnstein se me quedó mirando fijamente, como estudiando si debía hablarme o no.
–No humana –dijo por fin.
Guardé silencio. Comprendí que mi amigo había juzgado que podía hacerme aquellas revelaciones que a otros ocultaba. Fijé mi vista en sus ojos, y él me devolvió la mirada, mientras sonreía lentamente.
–No se publicó todo lo que los expedicionarios de 1930 revelaron –continuó el profesor–. Quizá se pensó que resultaba demasiado fantástico para incluirlo en un informe oficial. Pero todos ellos estaban de acuerdo en que la raza que edificó aquellas estructuras no era humana.
Tragué saliva.
–¿Quieres decir...? –empecé– ¿Quieres decir... algo procedente del espacio?
–Posiblemente –respondió él–. La fantasía humana ha pensado siempre de modo antropocéntrico. Hemos creído que si alguna forma de vida habitaba otros mundos, debería ser semejante a la nuestra. Hemos pensado en naves interplanetarias, en ejércitos de seres extraños provistos de armas mortíferas, en reinos o imperios tiránicos...
Se inclinó hacia mí, excitado.
–Pero puede que lo que more más allá de nuestra atmósfera sea totalmente extraño e incomprensible, absurdo para nuestra forma de pensar. Entidades ajenas a nuestra materia y a nuestra energía, seres semejantes a dioses o a fantasmas diabólicos. Existe un libro...
Se interrumpió, como si temiera haber dicho demasiado. Pero aquellas palabras habían despertado una luz en mi mente.
–¿Hablas del *Necronomicón*? –le pregunté.
Retrocedió él ante el temido nombre, mientras que su rostro indicaba la sorpresa.

–¿Lo conoces? ¿Es posible que lo conozcas? –casi gritó–. Creía que tan sólo unas cuantas personas en el mundo...
Sonreí ante su reacción.
–Pues tienes ante tí a una de esas personas –dije–. Pude consultar en cierta ocasión los fragmentos que se conservan en la Biblioteca Harrison, de Boston, y me interesaron tanto que viajé a Providence para intentar estudiar el ejemplar

completo que tienen en el Museo, junto con la traducción parcial de Barnabás Percival. Me costó trabajo, pero conseguí tener acceso a ellos.

–¿Sí? –preguntó Bernstein– ¿Y qué impresión sacaste de ese volumen?

Vacilé. No pude decidirme a expresar la sensación de desolado horror que me atenazó al internarme en aquellas páginas prohibidas.

–Me considero un científico –dije–. Lo que pude entender del libro me pareció increíble, pero estoy dispuesto a aceptarlo si alguien me aporta pruebas de su veracidad.

Los ojos del profesor brillaron.

– ¡Pruebas! –casi gritó–. Quizá dentro de muy poco pueda proporcionarte las pruebas que pides. Anthony, en esta expedición podemos hacer descubrimientos que harán olvidar cualquier posible hallazgo geológico, aun en el caso de que encontráramos minas de metales preciosos o yacimientos petrolíferos capaces de enriquecer a todas las naciones de la Tierra. Pero deberemos hacer acopio de valor... de mucho valor...

Hizo una pausa y luego su voz descendió hasta convertirse en algo apenas por encima de un susurro.

–Yo también pensé que el *Necronomicón* era un mero ciclo legendario, sin relación ninguna con la realidad. Pero dudé y, como tú acabas de decir, también intenté buscar pruebas.

«Viajé a Egipto, y practiqué excavaciones en los alrededores de la vieja Memfis. Buceé en el pasado de aquel país milenario, buscando los orígenes de su cultura, el comienzo de la más vieja de las civilizaciones humanas. Menes, que unificar el Alto y el Bajo Egipto, fundando la primera de las dinastías...

«Y llegué hasta una sombra de terror total. Algo innombrable, terrorífico, el principio de todos los horrores del Libro de los Muertos, el progenitor de los panteones monstruosos de dioses semejantes a bestias... Nyarlathothep, el Caos Reptante.

–Nyarlathothep –repetí el nombre temible– El mensajero Sin Rostro que menciona el *Necronomicón*...

–Tuve miedo por unos días, temor a que mis trabajos de investigación pudieran llegar a resultados que mi razón fuera incapaz de soportar. La sombra estaba allí, había estado allí en tiempos remotos, conviviendo con los hombres del período predinástico. Y luego se había desvanecido de alguna forma, había sido apartado, encadenado quizá, muerto hasta el punto que esas entidades pueden morir.

«Y entonces alguien entró en contacto conmigo. Un viejo egipcio que se decía descendiente puro de la antigua raza, la que construyó las pirámides. Alguien que sabía cosas, y que investigaba en el mismo campo que a mí me interesaba. Me habló de las cuevas del desierto del Sinaí, y de lo que se podía encontrar en ellas.

«La zona estaba en manos de Israel por aquel entonces, y me costó mucho trabajo lograr permiso para explorarla. El egipcio no pudo acompañarme por esa circunstancia, aunque me proporcionó la situación, contra la promesa de compartir con él el conocimiento que hallara.

«Desenterré una colección entera de tablillas de piedra grabadas. Se trataba de la edición más antigua del *Necronomicón*, mejor dicho de una copia del genuino *Al Azif* de Abdul Alhazred, grabado por una secta de eremitas adoradores del diablo mucho antes de que Philetas lo tradujera al griego y le diera el nombre por el que hoy es conocido y temido.

«No pude extraerlo completo, pues un mes después de hacer los primero hallazgos estallaba la guerra del Yom Kippur entre Egipto e Israel, y la región se convirtió

en un infierno del que debí huir a toda prisa. Pero había conseguido, entre otros fragmentos, ese capítulo entero que en la traducción griega se denomina Libro de las Invocaciones. Y al cotejarlo con la versión que ya poseía, encontré algo extraño.

Rápidamente, casi con movimientos espasmódicos, Bernstein buscó en una de sus maletas, situada en el fondo del armario de su camarote. Extrajo una serie de papeles que puso ante mí.

–Escucha esto, Anthony. Es un fragmento que está ausente de todas las traducciones posteriores, como si algo o alguien lo hubiera borrado de allí.

«Iä, Yikkanthrog, Fuego Helado del Sur, el Mutador de Cuerpos y Cambiador de Almas. Tú que moras en los Círculos Ultimos del Mediodía, y te reflejas en los Hielos Eternos, responde a nuestra invocación, muéstrate para terror de los hombres, Tú, el Inmutable.

¡Asss –shaggai –thuss –asshaggai! ¡Shattaggai – rrmmm –shaggai!

¡Iä, Yikkanthrog!

¡Aaarh! ¡Asjtonei –ssizz – asshaggai!

¡Iä, Yikkanthrog!»

Me estremecí violentamente. Las últimas palabras, gritadas por mi amigo, habían retumbado en el estrecho camarote con una fuerza que parecía totalmente independiente de la voz que las pronunciara. Hubiera jurado que aquellos sonidos incomprensibles no habían podido tener su origen en una garganta humana.

–Me enseñaron a pronunciar la invocación final –rió el profesor, con una inquietante risa sin alegría–. Y conseguí aprender otras cosas también... sobre Yikkanthrog.

–Yikkanthrog... –modulé con cuidado–. Esa divinidad no figura en el *Necronomicón*, al menos en las versiones que conozco. ¿No es posible que sea un añadido, una aportación de los que grabaron esas tablillas?

–¡No! –deshechó Bernstein , seguro de sí mismo–. No se trata de una aportación, sino de una ocultación. Philetas no se atrevió a traducir lo referido a esta entidad. Quizás el mismo Abdul Alhazred censuró su obra, aunque después de que los eremitas del Sinaí la grabaran en su versión íntegra.

–¿Pero por qué esa censura? –inquirí–. Todas las entidades divinas del *Necronomicón* son terroríficas, incluso más allá de la comprensión humana. ¿Por qué ocultar esa, y no las otras?

Bernstein fijó sus ojos en los míos y casi me espantó con su mirada. Presentí que se acercaba una nueva revelación.

–Creo saberlo –me dijo–. Recuerda lo que dice el libro de Alhazred sobre el Gran Combate. Como los Dioses Arquetípicos, los incomprensibles soberanos del Universo, abatieron el orgullo y la maldad de los Primordiales, de los Grandes Antiguos que infestaban la Tierra antes del nacimiento de la raza humana. Todos fueron vencidos, y aprisionados en distintas mazmorras cósmicas. Azathot, el principal de todos ellos, hundido en el Caos Central, quizás en el núcleo de nuestra Galaxia. Hastur, el Inefable, proscrito a los mundos irracionales de las Híades. Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques, sepultada en el corazón de la luna montaña, allá en la tierra de Leng. Cthulhu, dormido en las profundidades de los océanos. Nyarlathothep... Nyarlathothep...

Hizo una pausa, atemorizado.

–Nyarlathothep fue el que más tiempo sobrevivió en libertad, hasta el punto de convivir con la humanidad, y aterrorizar a nuestros ancestros. Pero finalmente fue también sometido, y mil mitos narran su derrota. No me atrevía a seguir sus

huellas hasta el fin, pero temo que si alguien excavara profundamente en los cimientos de la pirámide escalonada de Sakkara saldrían a la luz ... cosas que mejor estarían ocultas.

«Todos las Grandes Antiguos están encadenados. Sus servidores aún mantienen poderes emanantes de su esencia, algunos de sus principales acólitos pueden ser invocados en determinadas épocas señaladas por ciertas configuraciones astrales, incluso se dice que los propios dioses pueden hacerse presentes, en persona o emanación, aunque por muy escaso tiempo. Pero están encadenados, en espera del lejano día en que su reino vuelva sobre nuestro mundo, si es que tal fecha llega. Todos están encadenados...

Hizo una pausa y su voz descendió, temerosa.

–... excepto Yikkanthrog.

Sentí un escalofrío recorrerme toda la espina dorsal.

–¡Eso, eso es lo que espantó al propio Alhazred, el Azul, el árabe loco de Yemen! Yikkanthrog sobrevivió al acoso de los Arquetípicos, y vive sobre nuestro mundo con todo su poder intacto. Vive, permanece... *y yo sé donde encontrarlo*.

Retrocedí inconteniblemente. Una extraña luz parecía emanar del rostro de mi amigo.

–Estudié a fondo los informes de la expedición Daley –continuó–. En especial lo que decían acerca de los bajorrelieves de aquella ciudad antártica sin nombre. De como sus habitantes prehumanos temían algo situado en las grandes montañas al Sur de donde se hallaban, de como ni siquiera se atrevían a expresar en dibujos aquella amenaza y sus efectos... ¡ellos, que habían combatido victoriosamente con la misma progenie de Cthulhu!

«Está allí. En algún lugar en las estribaciones de la Cordillera de la Reina Maud, precisamente hacia donde nos dirigimos. Quizás hiberna, como una criatura polar, pero permanece alerta, libre, inconcebiblemente poderoso. ¡Los mismos Arquetípicos fueron impotentes contra él! Y yo puedo hallarle, puedo enfrentarme con un dios...

–¡Enfrentarte con... con eso! –protesté. En aquel momento creía por entero todas las revelaciones del profesor, y ello me espantaba más allá de lo imaginable.

–Es la oportunidad suprema –murmuró–. Ver una criatura de naturaleza divina, descubrir los secretos de las épocas primigenias... el origen del universo, quizá. Conozco métodos para rastrearle, para descubrir su guarida o su mansión helada. Y creo saber cómo comunicare con el Ser. Es la culminación de toda una vida de investigaciones... el éxito de mis teorías.

De nuevo clavó sus ojos en mí, y una vez más la intensidad de su mirada me aterró.

–¿Te unirás a mí? –preguntó suavemente– ¿Serás mi compañero en esta gran aventura?

Todo su anterior reserva temerosa parecía haber desaparecido. Ahora aparecía ávido, excitado.

Y parte de su avidez y excitación parecieron transmitirse a mi mente, luchando con el terror que su invitación me causaba. ¡Era cierto! ¡Podía, si las teorías de mi amigo eran ciertas, y los antiguos libros terribles no mentían, lograr el sueño de generaciones de hombres, enfrentarme con un dios! ¡Cruzar el umbral prohibido y atisbar en los espacios abiertos más allá!

–No lo sé... –vacilé aún–. No lo sé... Quizá...

Dos día después avizoramos las heladas costas de la Tierra del Rey Eduardo. Los científicos de la base permanente de Pequeña América enviaron un helicóptero

para darnos la bienvenida, y el ajetreo de desembarco dominó todas nuestras actividades.

Fueron días de trabajo, de compañerismo y de alegría. Casi llegué a olvidar las elucubraciones de profesor Bernstein, e incluso a dudar de su veracidad, cosa que en el momento había distado mucho de hacer. Pues las máquinas rugían, las sirenas aullaban, y los helicópteros surcaban el cielo antártico, dominando los hielos. Todo pensamiento de entidades sobrenaturales y de misterios ocultos semejaba muy lejano, e incluso absurdo.

Pensé, sin embargo, por unos momentos en la expedición Daley de 1930, pero fue para compararla con la nuestra. ¡Cuanto se había progresado desde entonces! Ya no eran precisos los trineos tirados por perros, de tan bella estampa. Gigantescos helicópteros Kamov fueron desembarcados y dispuestos, y en el día siguiente nos llevaron sobre las heladas sobre las heladas extensiones iluminadas por el sol semestral hasta aterrizar con nosotros en la que habría de ser nuestra base permanente. Los desplazamientos menores se harían en tractores oruga climatizados, o en rápidos trineos de hélice.

Pude ver los titánicos contrafuertes de la Cordillera de la Reina Maud, la cadena montañosa que Bernstein me describiera como morada de horrores más antiguos que la humanidad. Nada parecía indicarlo, las laderas cubiertas de carámbanos centelleaban cuando los rayos solares rompían las capas de nubes, y el formidable Pico Nansen, de cuatro mil metros de altura, parecía un gigante benévolo entre las blancas formaciones nubosas.

No tardaron en retumbar las laderas con el trueno de los explosivos, al iniciarse nuestra búsqueda de minerales. Provocábamos avalanchas artificiales de roca y hielo, y estudiábamos en nuestros sismógrafos hasta el menor de los latidos de la naturaleza golpeada. Escalábamos los abruptos peñascales cubiertos de nieve perpetua para perforar su estructura con nuestros taladros. Trabajábamos e investigábamos sin pausa ni descanso.

El mismo profesor Gerard Bernstein parecía enteramente dedicado a la labor geológica. No volvió a hablarme en aquellos días activos de sus otras investigaciones cuyo relato tanto me había impresionado allá en su camarote, cuando aún navegábamos en pleno Mar de Ross. Sin embargo, de vez en cuando nuestras miradas se encontraban, y podía notar un atisbo de la anterior energía, un leve choque que recordaba la existencia de un secreto entre nosotros. Pero nada más.

Creo que llegué a pensar que Bernstein había renunciado a su fantástica idea y ello llegó incluso a producirme un vago sentimiento de decepción.

Pero un día, casi por sorpresa, Bernstein se aproximó a mí con una rara sonrisa en los labios. Al instante tuve la premonición de lo que iba a decirme, incluso antes de que sus labios se abrieran.

–Todo está dispuesto –su acento era triunfal– ¿Vienes conmigo?

Tomamos uno de los veloces trineos de hélice, justificando el viaje como de exploración geológica de unas formaciones que dijimos haber descubierto hacia el Sur. De todas formas llevábamos muchos días de trabajo y los reglamentos se habían relajado un tanto.

Nos deslizamos a tremenda velocidad sobre la helada llanura. Oscuras nubes comenzaban a cubrir el cielo, y el sol antártico estaba ya bajo, cercano al horizonte, preludiando la larga noche polar que caería un mes después. Bernstein se negó a anticiparme nada. Tan sólo sonreía, y consultaba en ocasiones el compás giroscópico (en aquellas regiones la brújula magnética es inoperante) y un tosco

mapa hecho por él mismo.

Contorneamos a mucha distancia el Pico Nansen, para internarnos luego en territorios no explorados por nuestra expedición, y posiblemente tampoco por otra alguna. Dormimos una noche, noche desde luego con inmutable luz solar, en el cálido interior del vehículo. Al segundo día alcanzamos nuestro objetivo.

Allí, algo separado del resto de la cordillera se alzaba una montaña de geometría extrañamente regular. Un coloso de hielo, que al instante me inspiró un incomprensible aborrecimiento. Creí ver una leve corona luminosa en torno a su cima, como si la electricidad estática anidara allí, quizá presta a descargarse súbitamente contra quien se atreviera a hollar el monte.

Bernstein había detenido el motor del trineo y cuando salimos de él un fabuloso silencio nos acogió. Me pareció hallarme a millones de kilómetros de toda presencia humana, en un mundo hostil tal como debió ser en los primeros días de la creación, cuando la vida aún no existía.

¿O cuando existía una vida *diferente*?

–Aquí está –habló quedamente mi amigo–. Debe de haber una ruta de acceso por esta parte.

Avanzamos hasta la ladera más próxima. Cada paso me costaba un gran esfuerzo, como si algo dentro de mí se opusiera a aquella aproximación , como si algún sentido oculto luchara por advertirme de que marchaba hacia la perdición.

Pero el profesor no parecía ser afectado por ningún fenómeno similar. Por el contrario, creía advertir en su paso y en la misma forma de su cuerpo una terrible avidez, un ansia como la del drogadicto que se acerca a un depósito de su estupefaciente, o quizá la del amante que ronda a su a amada. Aquella idea aumentó mi intranquilidad.

–¡Mira! –exclamó– ¡Estaba seguro!

Pude ver allí, en los comienzo de la ladera, algo que me asombró profundamente. Lo que parecía ser la boca de una caverna había sido cubierta por una capa de hielo transparente, casi como un cristal cubriendo una ventana. A través de aquel vidrio helado podía verse perfectamente la negrura de la roca, y los comienzos de aquel conducto semejante a un túnel, que parecía fundirse en las profundidades de la tierra.

Bernstein había traído consigo uno de nuestros poderosos taladros neumáticos. Lo puso en funcionamiento contra la capa de hielo, y el atroz golpeteo atronó como una blasfemia el majestuoso silencio polar. El hielo saltó en mil menudos fragmentos, haciendo nacer por un instante todos los colores del arco iris a nuestro alrededor.

¿Qué fue lo que brotó de aquella aborrecible abertura? Ciertamente nada tangible, ni visible , ni detectable para cualquiera de nuestros sentidos normales. Pero de pronto me encontré de rodillas sobre el hielo y la nieve, presa del más espantoso de los horrores, temblando como una criatura, con los ojos herméticamente cerrados.

Fue un espantoso instante, tan sólo. Luego me rehice hasta el punto de abrir los ojos e incluso fijarlos en la negra boca que se había abría ante nosotros. Pero comprendí que de ninguna forma podría entrar allí.

Bernstein también debía haber sentido aquella sensación antinatural, aunque no cayó a tierra, más fuerte sin duda que yo. Simplemente vi sus labios apretados, y sus manos que oprimían con furia el taladro, bajo sus gruesos guantes contra el frío. Me miró con una extraña expresión.

– ¿Y bien? –preguntó.

Meneé lentamente la cabeza.
–Yo no entraré –dije.
Bernstein me tocó el hombro con su mano derecha.
–¿Te vas a echar ahora atrás?
–Sí.
No me insultó, ni se burló de mí. También él había surfrido el choque, y era capaz de comprenderme, bien que era su propia ansia superaba en su caso todo temor o prevención. Pero él también debió luchar contra el aviso de sus instintos. Vi como sus dientes se ponían al descubierto en una mueca de ferocidad, como un animal salvaje que responde a un desafío.
–Muy bien –murmuró–. Entraré yo solo. Espérame aquí.
No penetró inmediatamente en la caverna, sino que fue hasta el trineo y regresó con una poderosa lámpara autónoma, que ciertamente le haría falta en aquellas profundidades en las que pretendía entrar. Me dirigió una última mirada interrogativa, sin palabras, y yo sentí el primer embate de la vergüenza, pero no pude decidirme a seguirle. Se encogió de hombro y penetró en el oscuro túnel. Durante unos instantes pude ver aún la luz de su lámpara, haciéndose más y más lejana y tenue. Luego la caverna fue de nuevo negra.
También fuera de ella la luz iba decreciendo, al amontonarse las formaciones nubosas. ¿Se avecinaba una tormenta? Quise desechar la idea de que la tempestad que amenazaba tuviera alguna relación con lo que nosotros estábamos haciendo. Absurdo, naturalmente, aunque... ¿no había mi amigo hablado de un dios?
No puedo recordar ahora lo que ocurrió dentro de mí. De pronto me vi sumergido por un nuevo temor, no por mí en esta ocasión, sino por mi compañero y amigo, a quien por cobardía había dejado internarse sólo en aquellas profundidades desconocidas y amenazadoras. La caverna aún me inspiraba miedo, pero comprendí que no podría abstenerme de desafiarla, que no podría llamarme a mí mismo hombre si no me reunía con el profesor, para encarar los dos juntos cualquier cosa que allí dentro hubiera. Así pues, tomada la decisión, me hice con una linterna eléctrica de gran tamaño y, sin pararme a pensarlo, me introduje en el maligno orificio de la montaña.
El túnel se hundía bajo la tierra en una suave pendiente. La luz de la linterna iluminaba sus lisas paredes que tenían un aspecto *artificial* siniestramente revelador. No quise pensar en los seres que, en tiempos remotos, pudieran haber construido aquel acceso al interior de la montaña. Pues en una de nuestras conversaciones, Bernstein me había dicho que las entidades sobrenaturales llegadas del espacio solían tener servidores, y no era posible imaginar la forma y esencia que dichos sirvientes presentarían a los ojos de los hombres.
Avanzaba lo más rápidamente que podía, intentando alcanzar a mi amigo. En un par de ocasiones me atreví a apagar la linterna, buscando ver al fulgor de su lámpara en la lejanía, pero no me atrevía a seguir aquella práctica, pues me resultaba insoportable el pensamiento de que quizá no lograra luego encenderla de nuevo, y quedaría perdido en la oscuridad.
Finalmente, aún con la linterna encendida, veía allí adelante y abajo, un leve brillo que me pareció procedente de la lámpara que había llevado mi amigo. Apreté aún más el paso, y cuando llegué lo suficientemente cerca, incluso abrí la boca para llamarle.
Pero la llamada se quedó helada en mis labios, pues en aquel mismo momento *le oí a él*. Salmodiaba las mismas palabras ininteligibles que le había oído en el camarote del buque, la invocación al Dios Helado, y si en aquella ocasión sus

sonidos me había ya sobresaltado, no puedo describir la impresión que ahora me causó, encerrado en aquel estrecho túnel dotado de por sí de un perverso efluvio que erizaba todos los nervios de mi cuerpo. Las palabras arcaicas e incomprensibles y, más aún, la resonancia de las mismas en mil ecos blasfemos, tuvieron la virtud de dejarme mudo e inmóvil, paralizado en medio de túnel, con la linterna desesperadamente apretada en mi mano como en protección contra algún inimaginable asalto.

«¡Asss –shaggai –thuss –asshaggai! ¡Shattaggai – rrmmm –shaggai!
¡Iä, Yikkanthrog!
¡Aaarh! ¡Asjtonei –ssizz – asshaggai!
¡Iä, Yikkanthrog!»

Hubo una leve pausa... y luego mi amigo gritó. No fue ningún alarido terrorífico, ni de dolor. Simplemente un leve gañido, como de sorpresa, que se cortó bruscamente. Después no volvió a oírse sonido alguno. Esperé un tiempo indeterminado, sintiendo entrechocar mis dientes, y no de frío. Pero todo seguía igual, el túnel oscuro, la luz de la lámpara allá en el fondo... Quise gritar el nombre de mi amigo, pero no logré encontrar la voz.

Debía avanzar, debía hallar el lugar donde Bernstein había llegado, donde había pronunciado la invocación... Debía avanzar, y finalmente lo hice, lenta, muy lentamente, casi arrastrándome. Pero finalmente llegué a mi destino.

Me encontré en una amplísima sala, con las paredes formadas de hielo, que cubría la roca en todo su contorno. La luz de la lámpara iluminaba la estancia tan sólo en parte, no llegando al elevado techo, ni tampoco a los remotos extremos.

En el centro de la sala había un pozo de gran anchura, con un bajo brocal de piedra verdosa. Leves vapores azulados brotaban de sus profundidades, difundiéndose perezosamente en el aire.

No vi a mi amigo por ninguna parte. La lámpara había sido colocada cuidadosamente en el suelo, no lejos del brocal. Un profundo silencio reinaba, y las paredes de hielo semejaban espejos que reflejaban mi imagen distorsionada una y otra vez, como creando una colección de monstruos humanoides, más deformes cuanto mas lejanos.

¿Habría caído mi amigo al pozo? Me asomé a él y la luz de mi linterna se perdió en sus fantásticas profundidades, sin alcanzar su fondo. Me pareció que allí abajo era más espeso el vapor azul, moviéndose aquí y allá y ocultando en ocasiones las lisas paredes de roca.

¡Cielos! ¿Tendría que descender allí abajo?

Pero no fue necesario. Al levantar los ojos del pozo y mover la linterna, vi de pronto el objeto. Por un instante no reconocí su verdadera naturaleza, pero luego la comprensión llegó a mi mente, y casi la destruyó.

Grité, grité y grité, hasta despertar todos los ecos de la montaña maldita. Y luego guardé silencio y me aproximé paso a paso a aquella cosa espantable que se erguía entre el pozo y la pared de la gran caverna, en tanto los ecos de mis anteriores aullidos continuaban sonando más y más apagados, trocados al fin en una especie de risa burlona.

Quizás estuve seguro entonces de que el horror no podía alcanzar mayores cimas. Si fue así, me equivoqué por completo.

Pues mis ojos creyeron captar un leve movimiento más allá de aquello que me espantaba, y entonces pude ver en la pared de hielo el reflejo de lo que había quedado a mis espaldas.

Algo estaba saliendo del pozo.

Tan sólo pude ver la imagen deforme de lo que llegaba, y eso fue mi fortuna. Aun así, la cosa estuvo a punto de causar mi muerte. Me tambaleé y grité de nuevo, luchando con el salvaje impulso de volver la cabeza y contemplar directamente la entidad. Pero supe desde el primer instante que aquel gesto hubiera sido mi fin. No recuerdo cómo rompí la parálisis y me puse en marcha. Sospecho que el cuerpo humano guarda insospechados recursos de energía, utilizables sólo en casos de extremo peligro. Me encontré de pronto corriendo por el túnel, con todas mis fuerzas, iluminando el camino con la linterna, que por suerte no había dejado caer cuando vi lo que vi. Un espantoso ruido me acompañaba en la carrera, pero pasó algún tiempo antes de que lo reconociera como proveniente de mi garganta.

Aún me persigue el recuerdo de aquella huida en mis pesadillas nocturnas. Correr, correr sin cesar, con la mente a un paso de la locura, en un túnel siniestro que a veces me parecía el interior de un gigantesco tubo digestivo que intentara devorarme y asimilarme. Correr pensando en que quizá fuera perseguido, que quizá fuera alcanzado en el interior de la tierra... Pero no ocurrió nada de eso, y salí fuera del túnel como un proyectil disparado por un cañón.

Algo me golpeó con mil manos, y un terrible trueno estalló en mis oídos. Había estallado la tormenta, y la naturaleza antártica estaba desencadenada como jamás nunca sospechara la ciencia para aquella época del año. La oscuridad era absoluta, como si la noche polar se hubiera adelantado, y el terrorífico ventarrón lanzaba turbiones de nieve y hielo pulverizado contra mi cuerpo, casi derribándome.

Pero hubiera hecho falta algo más violento que una tormenta para detenerme. Empujé contra el impulso del viento, y aullé contra el aullido del huracán. Llegué al trineo, que se movía de un lado a otro y estaba en peligro de volcar, y de un modo u otro lo puse en marcha.

Lancé una última mirada a la montaña prohibida, y lo que vi o creí ver me hizo gritar de nuevo y acelerar el vehículo cuanto pude. Pues me pareció que, bajo el fulgor de los relámpagos, *la montaña misma* se animaba, y cobraba una forma antinatural, cuyo esbozo deformado yo había conocido demasiado bien. Luego todo quedó atrás, oculto entre el infernal revoloteo de los cristales de nieve aventados por el vendaval.

Fue un viaje diabólico, pues la tormenta crecía y crecía con el paso del tiempo. No dormí en absoluto en toda la fuga, pensando sólo en llegar al campamento y, más aún, de alejarme como fuera de aquello que dejaba a mis espaldas.

Finalmente pude ver las instalaciones del campamento, veladas por la tempestad. Pero justamente entonces, como si alguna voluntad malévola me hubiera dejado alcanzar casi mi meta antes de descargar el definitivo golpe, la tormenta aumentó súbitamente, semejante a una fiera que se desencadenara. Pude ver cómo aquellos mismos elementos tecnológicos de los que llegara a sentirme tan orgulloso, los grandes helicópteros, los trineos, los tractores, las tiendas climatizadas.... cómo todo ello volaba por los aires o era desgarrado y destrozado. Oí algunos gritos y vi algunas figuras, y luego mi propio trineo volcó, y giró una y otra vez como una hoja llevada por el huracán, hasta inmovilizarse en un tremendo golpe que me privó del conocimiento.

Sobreviví a la catástrofe, aún no puede decir cómo, y fui recogido por la expedición de socorro que partió desde Pequeña América en nuestra busca. Otros no tuvieron tanta suerte, y sus cuerpos destrozados quedaron perdidos para siempre entre los desgajados hielos de la gran cordillera. El profesor Gerard Bernstein fue contado oficialmente entre estos desaparecidos.

Pero yo sé que la muerte de mi amigo no fue debida a la tormenta. Puedo decir

que los antiguos mitos son ciertos, y que el dios Yikkanthrog existe verdaderamente, que ha existido siempre, y que, único de la abominable estirpe de los Grandes Antiguos, conserva su poder y su esencia, habiendo sobrevivido ileso al ataque de los Dioses Primordiales que habitan o habitaron en la constelación de Orion.

Puede decir también que la humanidad conoció su poder en tiempos, y el recuerdo deformado del horror ha sobrevivido en mil leyendas. Los antiguos griegos oyeron hablar del espanto, y lo relataron de boca en boca, hasta desfigurar la esencia de aquella cosa inmencionable, de la entidad que tan sólo podía verse a través de un espejo, medusa o górgona de cabellos en forma de... ¿serpiente o llamas?

Yo lo vi, vislumbré la abominación de otros astros de estrellas diabólicas perdidas en otras dimensiones distintas a la nuestra, ajena a nuestra materia pero capaz de actuar sobre ella. Lo vi, y tan sólo por hacerlo en reflejo pude salvarme. Pero mi amigo Bernstein...

Puedo recordar aquella horrible cosa a la que me aproximé en el momento antes de que el pozo mostrara su contenido. Era algo materialmente bello, una perfecta estatua de hielo transparente, azul y cristalina, con los brazos alzados enfrentándose al pozo.

Y sus facciones, marcadas por el asombro y quizá por la comprensión final, eran las del profesor Gerard Bernstein, catedrático de geología y arqueología en la Universidad del Medio Oeste de los Estados Unidos.